ORACION FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNÍSIMAS EXEQUIAS
POR EL ETERNO DESCANSO
DE
S. M. LA REINA
D.ª María de las Mercedes de Orleans y de Borbon
CELEBRADAS
EN LA CIUDAD DE PONTEVEDRA
POR
SU EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL,
PRONUNCIÓ

EL SEÑOR MAGISTRAL DE SANTIAGO,
D. Gaspar Fernandez Zunzunegui,
predicador de S. M., Doctor en Sagrada Teología y Licenciado en Derecho Canónico.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

SANTIAGO:
Imp. de El Boletin Eclesiástico, á cargo de D. Andrés Fraile, en el Palacio Arzobispal.
1878.



Hinc est avulsa planta; verum in paradiso consita est. De regno ad regnum translata est.

De aquí se ha arrancado una flor; pero ha sido puesta en el paraiso. De un reino ha sido trasladada á otro reino.

San Gregorio Niseno (orat. pro Pulcheria).

Excmo. Señor: (1)

Vengo á hablaros de un ángel, que habitaba en la tierra, y acaba de volar al cielo: la jóven Reina Doña Mercedes de Orleans.

Emblema de inocencia y tesoro de gracias, ella adornaba el Trono.

(1) Presidía el acto el Excmo. Sr. D. Victor Nóboa Limeses, Gobernador civil de la provincia.

Y la muerte la ha arrebatado á nuestro amor en lo florido de su edad, sin cuidarse de nuestras lágrimas.

Sería una injuria á su belleza compararla con el lirio del campo ó con las rosas de los valles. Era el orgullo de su sexo y la gloria de nuestra España, y el cielo envidioso nos ha arrebatado ese tesoro. Ya no poseemos esa joya; ya no vive entre nosotros; ya habita la region de la inmortalidad; ya mora, debemos piadosamente creerlo, en el país del descanso y del regocijo.

Su cuerpo se hallaba sin duda formado de misteriosas alas, que recogidas con gracia y con encanto, presentaban figura de mujer; pero era un ángel. Tenia su pátria en

el cielo; este mundo le habitaba de paso.

Desde que como Reina fijó su planta en el Alcázar de Madrid, esas ocultas alas propendian á desplegarse. Cómo si las grandezas de este reino terrestre la acercasen á un reino mejor! Cómo si al resplandor de la Corona vislumbrase un trono mas excelso! Cómo si las caricias de su Real Esposo le hiciesen entrever las eternas caricias del inmortal Esposo de las almas!..

Yo no sé lo que siento, Señores, al tener que ser panegirista fúnebre de esta gran Reina. Parece que el corazon enternecido quisiera llorar en silencio. ¡Bella y celeste aparicion!.. Hasta su mismo nombre era

dulcísimo, y auguraba las mercedes y gracias que haria llover sobre España.

Cuando quiero decir algo en su elogio, se presenta á mis ojos tan pura, la miro vestida de una luz tan resplandeciente, veo su hermosa frente circundada de tantas coronas, que temo, temo que vá á temblar mi torpe lengua, y voy á echar un borron en medio de su belleza angelical.

¡Quién me diera, Señores, presentaros en este dia á la Reina Mercedes tan grande y tan hermosa como la imagino yo, y trasladar viva á vuestros pechos la vehemente pasion que siente por ella el mio!.. Sí; porque esta Reina idolatrada habrá de ser bendita entre los grandes de la tierra; nombrada de siglo en siglo como mo-

delo de doncellas ilustres y de reinas cristianas. Flor preciosa, pero de escasa duracion, que apenas abierta, es tronchada para servir de adorno en el palacio del Rey del cielo!.. *Hinc est avulsa planta; verum in paradiso consita est. De regno ad regnum translata est.*

En cumplimiento de un triste deber voy á haceros, Señores, su elogio fúnebre. Confio únicamente en el auxilio celestial, y en que vuestra notoria ilustracion me garantiza una benévola indulgencia.

Excmo. Señor:

Los pormenores de la niñez de la jóven Reina que lloramos, se esconden entre los recuerdos mas dulces de su virtuosa familia. Parece sin embargo cierto que desde su mas tierna edad reveló un ingenio profundo, y es indudable que en la época de su muerte habia llegado á ser la admiracion de todos.

Bien sabeis que antes de ceñir la Corona era una doncella nobilísima, por cuyas venas corría la sangre mas ilustre. La historia de su vida nos dice que habitaba en Sevilla el suntuoso palacio de sus padres, los Sere-

nísimos Infantes Duques de Montpensier; que era objeto de todas las atenciones; que el tren de sus criados, el aparato de su casa era verdaderamente espléndido.

Mas no penseis por eso que Mercedes fuese una jóven orgullosa, entregada á la vanidad ó sumergida en los placeres. Esa loca aficion á cargarse de adornos el cuerpo; ese pueril deseo de ser vista y adorada; ésa manía ridícula de atravesar las calles y cruzar cien veces las plazas, como guerrero que pasea en triunfo; defectos comunes á las jóvenes de cierta edad y posicion, jamás tuvieron entrada en su alma. Por eso, aunque su acompañamiento era siempre lucido, su porte personal no pasaba de ser mo-

desto. Voy á daros en breve su retrato.

Su vestido sencillo sin bajeza, y gracioso sin afectacion. Sus salidas al público raras. Frecuente en la oracion. En sus palabras circunspecta; en sus alimentos parca. Afable con dignidad; severa con discrecion. Su primer cuidado en la calle la inviolable modestia. Su primera virtud en casa la ocupacion no interrumpida. En fin, Mercedes era un ángel del cielo, un ángel encerrado en el casto cuerpo de una doncella, como en un fanal purísimo; y en el exterior de su cuerpo, como al través de un limpio cristal, dejábase ver su bella alma con toda se angélica hermosura.

1.º Tres son las fuerzas de que el mundo suele disponer para pervertir á una jóven: la vanidad, los halagos y el terror. Con su vanidad procura extraviar la inteligencia; con sus halagos procura corromper el corazon; con su terror se propone sojuzgar el albedrío; y con las tres cosas juntas dominar sobre el alma entera.

Doña Mercedes de Orleans en su llena, aunque corta vida, vence al mundo con sus vanidades; vence al mundo con sus halagos; vence al mundo con su terror, y consigue un triunfo glorioso.

Y en efecto, Señores; para apreciar debidamente la victoria de nuestra Reina, es necesario prescindir de este sencillo mundo nuestro, y colocarnos

por un momento en el gran mundo aristocrático. Pues aunque sea verdad que en todas partes hay mundo; pero el mundo en que vivimos y el mundo en que vivió Mercedes, se diferencian entre sí, como el rostro de un etíope y el rostro de un europeo.

No penseis que nuestra excelsa Princesa se vió cercada únicamente por las vanidades de un mundo, aunque corrompido, oscuro. Se vió cercada por las de un mundo, sobre corrompido, brillante.

Vanidad en la inteligencia; vanidad en la educacion; vanidad en el nacimiento; vanidad en las relaciones, vanidad en los adornos, vanidad en el lenguage, vanidad hasta en la religion. Ahí teneis las vanidades,

que como sierpes venenosas, se enroscan, corren y silban en torno de nuestra jóven. Ahí teneis los enemigos que en el gran mundo aristocrático la acometen al mismo tiempo, por la derecha y por la izquierda, por la frente y por la espalda.

Mas ved que el Dios de la gloria, el que guarda á los pequeñuelos, extiende su proteccion sobre nuestra niña inocente; la coloca entre dos séres, que mas que padres terrenos, son sus ángeles custodios, y le dá maestros y guias que le enseñan con celo santo la ciencia de la religion.

Mercedes, dócil y humilde, escucha con toda atencion las altísimas verdades reveladas por Dios á los hombres. Ábrese su corazon á la doctrina

celestial, como el boton de la rosa á la luz de la mañana. Y los misterios cristianos se imprimen en su alma tierna, como se imprime el sello de oro en el lacre derretido.

Nada, nada importa que habite en una ciudad sensual; que se levanten á su vista los templos del sensualismo; que la grandeza la rodee y la incline á la vanidad. Mercedes ha recibido del cielo una educacion cristiana, y lleva el pecho guarnecido con la coraza impenetrable de una fé ilustrada y humilde.

Nada importa que en torno suyo se vean espectáculos vanos: que por todas partes oiga conversaciones paganas; que en diversiones, en trajes, en la vajilla de las mesas y en el ador-

no de los salones halle pintado, bordado y esculpido el sensualismo. Mercedes ha recibido del cielo una educacion cristiana; y por mas que respira un aire saturado de vanidad, un aire como infestado por el humo de un siglo impío y por el olor del incienso que se quema ante sus dioses, ella cree, y nada es capaz de alterar su ardiente fé. Cuanto mas oye y mas vé, mas se desarrolla en su pecho la aversion hácia el mundo vano, el horror á sus ceremonias y la compasion profunda á las víctimas de sus errores.

Señores, todos vosotros, que observais con gran desconsuelo la perversion progresiva de la generacion presente; que al ver que la fé se apaga y que el error toma creces, abrigais

fundados temores por el porvenir religioso de vuestros hijos y de vuestras hijas; que quizá, quizá llorais en los unos los efectos de la incredulidad que comienza, y en las otras los estragos de las pasiones que se desbordan. Abrid los ojos, y aprended los milagros de la educacion. En el palacio de San Telmo tienen lugar estos milagros.

Persuadíos hoy para siempre de que vuestros hijos serán lo que vosotros querais que sean; espíritus sin creencias, hijos del racionalismo, como son hoy por desgracia en gran parte las naciones extrangeras; ó almas llenas de fé viva y de sentimiento católico, como ha sido por muchos siglos la nacion de Recaredo.

La educacion será siempre el molde de la inteligencia. Si prosigue esa educacion, que sin hacer diferencia de sexo ni de carrera, quiere convertirnos á todos en músicos, en poetas, en literatos y en filósofos. Si la novela, el periódico y el figurin de la moda sigue siendo el evangelio de vuestros hijos y de vuestras hijas, motivos hay muy poderosos para temer un fin triste.

Pero si, como en la nobilísima familia de los Duques de Montpensier, entra la educacion en su cáuce natural, enseñándose á la juventud su religion y su carrera; si la instruccion verdadera y sólida vuelve á ocupar, como debe, el lugar de preferencia; si por fin desde la niñez se hace que la religion sea conocida y amada, no

temais por el porvenir. Vuestros hijos serán creyentes en medio de un mundo incrédulo, como Mercedes fué cristiana en medio de un mundo sensual.

2.° Pero es preciso que á la fé acompañen tambien las obras. Pues si la Escritura dice que el que creyere será salvo, tambien dice la Escritura que la fé sin obras es muerta.

Hay muchos que tienen fé, y fé ardiente, y fé sincera; pero en lugar de seguir el camino que ella les marca, se extravían caminando, quien en pos de las riquezas, quien en pos de los honores, quien en pos de los placeres de la carne corrompida. Estos, despues de vencer en la lucha de las

vanidades, caen vencidos vergonzosamente en la lucha de los halagos.

Por esta causa la humilde princesa Mercedes no se contenta con triunfar de la vanidad. Se propone alcanzar victoria de los halagos del mundo.

Pero será posible que triunfe de los halagos del mundo una jóven que ha nacido acariciada por ellos?.. una jóven que ha nacido de ilustre y régia prosapia, y con las mas bellas prendas en lo moral y en lo físico?.. una jóven inteligente, simpática, cariñosa, que es el encanto de todos y respira bondad inmensa?.. Será posible que triunfe de los halagos del mundo una jóven que ha nacido para ceñir la corona, para sentarse en un trono, y á quien sonríe la fortuna como acaso á

ningun mortal?.. Una jóven, en fin, que vive entre el placer y el regalo, y ante cuyos ojos se abre todo un porvenir brillante ¿os parece que podrá cerrarlos al esplendor de la gloria, estimar los montones de oro como montones de arena, y taparse los oidos á las voces seductoras del mundo que la convida?..

Ah! Visteis alguna vez al águila majestuosa, que sin fijarse en la tierra, levanta su atrevido vuelo á la region de las nubes?.. Pues ahí teneis la imágen.

Cuando Mercedes considera que en virtud del Santo Bautismo es hija del Dios del cielo; cuando Mercedes considera que es hija de la Mujer bendita entre las mujeres, que se sienta en el

Empíreo á la diestra del Excelso ¿cómo quereis que no desprecie la nobleza del linaje?..

Cuando Mercedes considera las riquezas inmortales que atesora el Paraiso; cuando Mercedes considera los espléndidos palacios que aguardan á los mortales en las moradas celestes ¿cómo quereis que no desprecie esa miseria, que acá lleva el nombre de riqueza?..

Cuando Mercedes considera las dulzuras inefables, que aun en este valle de lágrimas acompañan á la virtud; cuando Mercedes considera los deleites nunca vistos, ni nunca tampoco oidos, ni nunca jamás soñados por el corazon humano, que disfrutan los que beben en el rio de delicias que mana

del trono de Dios ¿cómo quereis que no desprecie los placeres terrenales, que si halagan un tanto al cuerpo, acongojan el espíritu?..

Señores, poned los ojos en esa Reina admirable, á quien la naturaleza colmó de preciosos dones, de talento no comun, de hermosura extraordinaria. Vedla usando por todo adorno una túnica sencilla, sin joyas, sin brazaletes, sin collar de oro y de diamantes. Vedla conservando siempre un continente modesto y un semblante, aunque tranquilo, bañado de dulce tristeza. Vedla huir de las diversiones y de los grandes concursos, sin embellecer su rostro con el auxilio del arte, sin aromatizar sus vestidos con esencias olorosas, y sin buscar las

miradas del mundo que la convida.

Qué significado tiene esa vida de retraimiento?.. Será que su alma ha sufrido algun desengaño amargo, la ingratitud ó el olvido de algun ser á quien amaba?.. Ah! no por cierto. Jamás hubo princesa tan querida, jamás reina tan idolatrada.

Es que tiene su corazon en el cielo, fijo siempre en el amor de Jesucristo, á quien adora. Es que el semblante revela su hábito de oracion. Es que el ardiente deseo de abrazarse con Jesús apaga en su corazon todos los demás deseos. Es que el esplendor, la gloria, las delicias de la vida y el brillante porvenir, todo lo que humanamente nos embelesa y halaga y milita en el ejército de los halagos del mundo,

yace en tierra derrotado á las régias plantas de Doña Mercedes de Orleans.

3.° Pero, Señores, nó ois?.. Suena ya una voz de terror en el pacífico Alcázar de nuestros Reyes queridos.

La muerte, la implacable muerte es quien dá esa voz de espanto, que aterra á toda la Córte con su estruendo pavoroso. Oculta entre el cortinaje del dorado lecho nupcial, ha escogido cruel una víctima, la mas jóven, la mas hermosa, la mas pura, la mas simpática.

Tiembla Madrid, tiembla España, tiembla sobre todo el amante Rey Don Alfonso y tiemblan los augustos padres de esa víctima angelical. Pero

Mercedes no tiembla, que está su corazon templado al calor de la Religion.

Ha librado dos batallas contra el mundo corruptor. El ejército de las vanidades y el ejército de los halagos no respiran ya en su presencia. Apetece nuevas lides para lograr nuevos laureles, y empieza á batirse ahora con el ejército del terror.

Con ese presentimiento propio de algunas almas superiores, dice, elevando al cielo sus dulces y brillantes ojos: «Si España necesita una víctima para hacerse grande y feliz, yo me ofrezco humilde en holocausto.»

Y la ofrenda se acepta en los decretos del Eterno por altos é insondables juicios.

La muerte se presenta en campa-

ña, y envía su terrible heraldo, el heraldo de la enfermedad.

Cuando todo sonreia á la excelsa Reina Mercedes; cuando sobre su augusta frente brillaba una triple diadema de virtud, de belleza, de majestad; cuando un Esposo Rey, jóven, hermoso, enamorado, la adoraba y la idolatraba y cifraba en ella su dicha; cuando cumplia diez y ocho años, empleados en hacer bien, en vestir por sí misma á los pobres y en derramar por todas partes el consuelo y la bendicion; cuando España gozosa la contemplaba con orgullo, y la llamaba ya el mas rico floron de su Corona, símbolo de tantas esperanzas; cuando llenaba el Palacio y la Córte con su encanto, con sus virtudes; cuando la

primavera de su vida se presentaba mas riente y bella; cuando en su conjunto angelical era un mundo de maravillas y un cielo estrellado de gracias, cae postrada de grave enfermedad, herida por la mano de la muerte.

Todos lloran; todos acuden al Altísimo, pidiendo en rogativas públicas la salud de su jóven Reina; todos rodean su lecho de dolor, partido el corazon y traspasada el alma. Solo ella se mantiene serena; mas pide fortaleza al cielo para soportar tanta angustia. Sí, tanta angustia; que el dolor del cuerpo y del espíritu la pone en terrible afliccion.

Ella sabe que las personas que la quieren, han de llorar su muerte inconsolables. Sabe que su Madre afli-

gida caerá desmayada de pena, cuando la vea exhalar el último suspiro. Sabe que su adorado Padre, á quien tanto persigue el infortunio, para probar sin duda su fé, sucumbirá tal vez del rudo golpe, y dejará su casa en orfandad. Sabe que el tierno Esposo, digno de ella, digno del cetro de dos mundos, que riega el lecho con sus lágrimas, que la abraza y la besa, queriendo infundirle la vida á costa de la suya, no podrá soportar su desgracia ni el peso de tanto sentimiento sin un auxilio superior. Por eso, cuando despues de administrarle los Sacramentos de la Iglesia, le pregunta el Cardenal Moreno si siente morir: «No lo siento por mí, responde; lo siento por Alfonso y por mis Padres.»

Pero ya en el reloj del tiempo llega la hora de la gran partida. Ya se acerca la muerte con su figura horrible y descarnada. La Reina Mercedes la vé; siente sus garras que la ahogan. Y no despide un lamento, y no deja correr una lágrima; pero pronuncia en su corazon el nombre de Jesucristo.

Vienen las congojas sobre ella; mortales sudores la bañan; agudos tormentos la oprimen. Y no despide un lamento, y no deja correr una lágrima; pero pronuncia en su corazon el nombre de Jesucrito.

Oye en torno suyo los sollozos; oye las oraciones de la Iglesia; oye el último adios de su tiernísima familia. Y no despide un lamento, y no deja correr una lágrima; pero pronuncia

en su corazon el nombre de Jesucristo.

Ah! Reina incomparable, tú no debieras morir. Tú debieras vivir siempre para ejemplo y provecho del mundo!..

Pero nó; Mercedes debia morir; la tierra no era digna de ella. Mercedes debia morir, para salir de un mundo de miserias y reinar en un mundo de paz. Flor la mas agraciada del ameno jardin de su Familia, debia trasplantarse á los jardines de la eternidad, para perfumarlos con su fragancia. Verdadero ángel de belleza y de amor, debia volar á las eternas moradas á vivir entre los ángeles.

La humilde, la noble, la excelsa Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbon espiró santamente

el dia veinte y seis de Junio á los diez y ocho años de su edad. *Hinc est avulsa planta; verum in paradiso consita est. De regno ad regnum translata est....*

Por Madrid y por toda España se esparció en seguida esta voz: «La Reina ha muerto!..» Unos se echaban á llorar, porque habian perdido una madre. Otros la colmaban de bendiciones, porque habia sido su bienhechora. Todos vestian por ella luto, porque habia llegado á reinar en los corazones de todos.

. . . .

Cuando se llega, Señores, á la última escena de la vida de una persona amada; cuando se la vé sobre su lecho de dolor exhalar el último suspiro,

la tristeza se apodera del corazon, y una pena angustiosa pesa sobre el alma.

Si esto os sucede á vosotros con la muerte de la Reina Mercedes, yo os digo: consolaos, porque Mercedes no ha muerto en realidad. Vive en el corazon de su Esposo; vive en el corazon de su Familia; vive en el corazon de toda España; vive en el recuerdo de la Europa; vive en las simpatías del mundo; vive sobre todo en el cielo, donde se ocupa de nosotros y se interesa por nuestro bien.

Rey Alfonso, ved aquí el gran consuelo para vuestra alma en soledad. La Esposa elegida de vuestro corazon, con quien compartiais el Trono, vive entre los recuerdos mas bellos, y vela

por vos y por España en las mansiones de los justos.

¡Ay!.. Nunca creí que al cantar hace casi un año en la Basílica Compostelana vuestras glorias, realzada la solemnidad de nuestro Apóstol con vuestra augusta presencia, hubiera de cantar hoy vuestro infortunio, y contemplar en vuestra régia frente la majestad de la desgracia!..

Yo pido al cielo para vos resignacion y fuerza. Y vos que sois en todo grande, sereis grande tambien en vuestro duelo.....

Ahora no me resta ya mas que hacer á mis oyentes una tierna súplica en favor de la gran Reina que lloramos, de esa Reina piadosa que ha bajado al sepulcro, disponiendo en

sus últimos dias ser enterrada con el Hábito de la Merced.

Oh! Qué espectáculo tan cristiano y tan interesante ofreció su cadáver augusto, expuesto en el gran salon de Columnas, con el tosco sayal y con la toca negra, el santo crucifijo en sus manos, y á los lados el Cetro y la Corona, atributos de la Majestad!..

Gozando del Señor se encuentra ya sin duda esta Reina tan santa. Pero si algo le falta que purificar todavía; si el riguroso Juez la detiene aun en el lugar de expiacion, roguemos, Señores, roguemos fervorosamente, para que cuanto antes suba á disfrutar la vision beatífica en el reino de la felicidad.

Descanse en paz la augusta nieta de cien reyes. *Requiescat in pace*........